

CULTURA

Sófocles y Strauss, al rescate de Grecia

Se inaugura en Atenas el nuevo edificio de la Ópera Nacional Griega con una notable interpretación de 'Elektra'

LUIS GAGO, **Atenas**

Las calles de Atenas están surcadas de las cicatrices que ha ido dejando la pertinaz crisis que azota al país, pero allí donde la avenida Syggrou desciende decidida hacia el mar, en el solar en que hace años se encontraba el hipódromo y donde hasta hace poco se levantaban únicamente chabolas de inmigrantes, un flamante edificio, el del Centro Cultural de la Fundación Stavros Niarchos, ha cambiado por completo el paisaje urbano de la zona, conocida en griego como Kallithea, es decir, Bella Vista. El arquitecto encargado del proyecto, Renzo Piano, ha querido ser fiel a este nombre, devolverle en lo posible su sentido de antaño, y la construcción que ha ideado, puro cristal, posee la extraña virtud de parecer ingravida y hallarse suspendida o flotando levemente sobre el suelo. El arquitecto genovés ha diseñado también, a un lado, un gran canal (con agua de mar), y al otro, un enorme jardín lleno de olivos y plantas aromáticas.

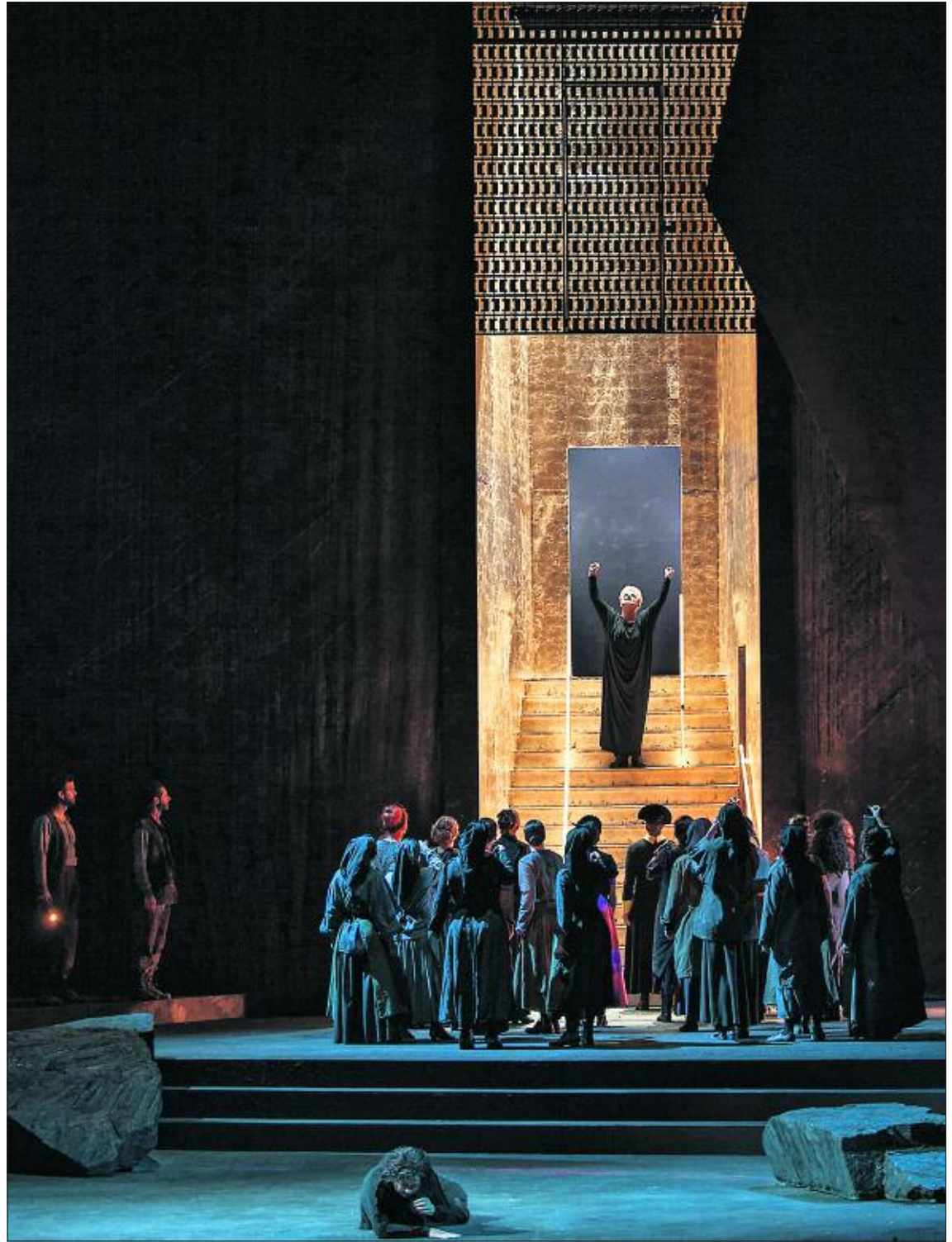
El Centro Cultural, construido y sufragado enteramente por la fundación del famoso armador, fue cedido el pasado mes de febrero al Estado griego, reservándose la posibilidad de, durante una semana al año, organizar y programar en su interior actividades culturales de acceso gratuito. El Gobierno, por su parte, gestiona en él dos estandartes emblemáticos de su política cultural: la Biblioteca Nacional y la Ópera Nacional griegas, que ve ahora doblado su aforo y multiplicadas sus posibilidades técnicas.

En su inauguración oficial, el domingo por la noche, se representó *Elektra*, de Richard Strauss, que jamás había sido llevada a escena por la Ópera Nacional Griega, probablemente por las severas limitaciones de espacio de su anterior sede. Otra circunstancia no menos insólita añadía un aliciente más a esta velada inaugural: la presencia en el escenario de la que es sin duda la más famosa cantante de ópera griega del siglo XX (Maria Callas era estadounidense por haber nacido en Nueva York): la *mezzosoprano* Agnes Baltsa, que actuaba también por primera vez en la historia de la Ópera Nacional Griega y que ha decidido hacerlo gratuitamente.

Baltsa cantó, como no podía ser de otra manera, el "terrorífico" personaje de Clitemnestra (así lo adjetivó la cantante que lo estrenó, Ernestine Schumann-Heink), abordado con frecuencia por cantantes en el ocaso de sus carreras (Baltsa está a punto de

Ocaso a la griega

En el llamado Escenario Alternativo, una modélica sala de cámara, se representa también estos días en la nueva sede de la Ópera Nacional Griega *El ocaso de las deudas*, una inteligentísima adaptación de *El ocaso de los dioses*. Jugando con la similitud fonética en griego de "dioses" (zeón) y "deudas" (jeón), el adaptador de la música (Kharámpalos Goyós), el libretista (Dimitris Dimopoulos) y el director de escena (Alexandros Efklidis) construyen un relato a la vez amargo y burlón de cómo las deudas han acompañado en realidad a Grecia desde su independencia del imperio otomano. Excelente cantada, tocada y dirigida, *El ocaso de las deudas* sabe transformar la palabra más detestada de la reciente historia griega en una invitación a la risa. Y en una reflexión para aprender de los errores pasados.



Agnes Baltsa (Clitemnestra), en el centro, en *Elektra*, en la Ópera Nacional de Grecia. / ANDREAS SIMOPOULOS



Centro Cultural de la Fundación Stavros Niarchos, sede de la Ópera Nacional de Grecia. / YIORGIS YEROLYMBOS

cumplir 74 años). Lástima que, como fue la tónica general, la dirección escénica fuera prácticamente inexistente, ya que la griega conserva aún su voz en un sorprendente buen estado y, en su larga y sinuosa escena con Electra, podría haber causado un impacto emocional mucho mayor en el público. Despojada de abalorios, Clitemnestra parecía abandonada a su suerte en un escenario bien diseñado por el veterano Yannis Kokkos, mucho más escenógrafo que director teatral.

La representación de esta

obra maestra de la "polifonía psicológica" (al decir de Richard Strauss) ganó en interés con la aparición del Orestes de Dimitris Tiliakos, mejor actor que cantante, que llenó de credibilidad y tensión el momento crucial de la anagnórisis con Electra, aunque los mejores destellos vocales los protagonizó sin duda la Crisótemis de Gun-Brit Barkmin, que se movió con soltura en escena y transmitió admirablemente la avidez de futuro de su personaje. Lástima que cancelara su anunciada participación la soprano sueca Irene Theorin,

que podría haber compuesto una gran Electra. Su lugar lo ocupó la alemana Sabine Hogrefe, cuya carrera ha transcurrido más como *cover* que cantando realmente sobre los escenarios. En exceso precavida, reservó fuerzas para los pasajes en que su voz es más exigida (agudos, finales de frase en *fortissimo*), y fue casi inaudible en otros de no menor trascendencia dramática. Llegó con el fuelle justo a su frenética danza final, tras la que muere a la manera de las grandes heroínas de Wagner: desplomándose sobre el suelo, sin san-

gre ni violencia, ebria de esa música que anega su interior.

Una buena dirección

La sorpresa más grata de la noche fue la dirección musical de Vassilis Christopoulos, que ha realizado un trabajo descomunal para obtener el excelente rendimiento que extrajo de una orquesta poco acostumbrada a enfrentarse a partituras tan exigentes como esta. Desde el primer compás, cuando suena rotundo el motivo de Agamenón, quedó claro que sabía muy bien lo que se traía entre manos y que le sobraban condiciones para dar a la orquesta el papel coprotagonista que tiene en todo momento. El público se dio cuenta y fue, quizás, el más ovacionado en los aplausos finales.

Anuncia la Ópera Nacional Griega nuevas obras protagonizadas por los atridas en las próximas temporadas, pero la noticia es que Grecia cope por fin titulares culturales y no económicos o políticos. La arriesgada decisión de arrancar con *Elektra* ha sido acertada. El libreto de Hugo von Hofmannsthal inspirado en la tragedia de Sófocles y la música rabiosa y descarnada de Richard Strauss han devuelto a Grecia lo que es suyo y lo que nadie podrá arrebatarse nunca: el sostén ideológico y espiritual de nuestra cultura occidental.